

variada e influyente (bloques-diagrama, *tours d'horizon* y panoramas, fotografías, mapas, perfiles y cortes topográficos, diagramas, dibujos...); mientras que Joan Tort aborda los aspectos paisajísticos de la obra urbanística de Ildefonso Cerdà y Francisco Alonso Otero comenta su experiencia como autor de *El gran libro de la Comunidad de Madrid* (2000), una «guía geográfica» del paisaje madrileño basada en una amplia colección de fotografías aéreas realizadas y comentadas *ex profeso*.

En conclusión, *Imágenes del paisaje* supone una aportación muy valiosa al conocimiento de la iconografía paisajística moderna, tanto desde el punto de vista de la geografía (foco de atención principal del Seminario) como desde el de otros saberes y prácticas. Es cierto que se echan en falta algunos temas claves en el horizonte iconográfico del paisajismo geográfico, como, en especial, las representaciones cartográficas del paisaje, que tienen una tradición larga en la disciplina y que la proliferación reciente de catálogos y de atlas paisajísticos en España y en otros países de Europa ha vuelto a poner de actualidad. Pero también lo es que la diversidad de aspectos abarcados resulta suficientemente amplia y representativa y que el propio formato de trabajo adoptado (en mi opinión con acierto) en los últimos Seminarios del Paisaje (primando la selección sobre la multiplicación de ponencias y concediendo tiempos generosos para la exposición y el debate posterior de las mismas, animado por un grupo de comentaristas encargados *ex profeso*) impone limitaciones en este sentido.

En un panorama como el español, escaso en estudios que reflexionen expresamente sobre las claves del lenguaje y el imaginario geográficos, el libro posee una indudable originalidad; contribuye a llenar vacíos llamativos en el conocimiento de las retóricas de la disciplina; y contiene también reflexiones de carácter conceptual y metodológico (como, en especial, las expuestas en las contribuciones de Mendibil y Ortega Cantero) que están inspirando y pueden inspirar en el futuro estudios similares sobre la imagen geográfica de nuestro país. Además, la calidad general de los textos y el horizonte internacional de las referencias manejadas por sus autores permiten situar al libro al nivel de otras investigaciones relativas a la iconografía del paisaje que han sido referencia obligada en otros contextos nacionales (como las aportaciones pioneras, aparecidas en el decenio de 1980, de Denis Cosgrove en el ámbito anglosajón, o de Vincent Berdoulay, en el francés). A lo que cabe añadir la profusión de figuras e ilustraciones incluidas en el libro (cuyo número total se aproxima a 150), muy superior a las de las publicaciones anteriores

de los Seminarios del Paisaje, aunque coherente e imprescindible en una obra centrada prioritariamente en el análisis de las imágenes.

Dilucidando las claves iconográficas de la geografía y el paisajismo modernos, indagando en los procedimientos descriptivos de algunas de sus figuras fundacionales, reconstruyendo un tiempo en que las distinciones entre la ciencia y el arte eran tenues o secundarias, revisitando la obra de artistas que tenían mucho de geógrafos y de geógrafos que bien podían ser artistas, este libro nos ofrece, en fin, un repertorio de buenas prácticas para la representación del paisaje y una nueva y estimable reivindicación de los valores culturales definitivos de la tradición geográfica moderna.— JACOBO GARCÍA ÁLVAREZ

### *Caminos de comprensión y conocimiento del paisaje\**

El libro aquí reseñado inaugura una serie de cinco entregas que, reunidas bajo el título general de «Pensar el paisaje», están dedicadas a la reflexión sobre dicho concepto y a su relación, sucesivamente, con el pensamiento, el arte, el territorio, el patrimonio y la historia. En este primer caso que nos ocupa, el libro recoge las ponencias presentadas en el curso que, con ese mismo título, tuvo lugar en junio de 2006 en el Centro de Arte y Naturaleza (CDAN - Fundación Beulas), en Huesca, dirigido por Javier Maderuelo, y que reunió a algunos de los más prestigiosos especialistas europeos en la materia. Así, historiadores del arte (Simón Marchán Fiz), geógrafos (Nicolás Ortega Cantero, Eduardo Martínez de Pisón o Augustin Berque), filósofos (Jean-Marc Besse, Anne Cauquelin), teóricos de la Estética (Raffaele Milani) o de la Arquitectura (Javier Maderuelo), ingenieros (Miguel Aguiló) o ecólogos (Antonio Gómez Sal) han alzado juntos un armazón teórico que muestra el gran potencial pluridisciplinar del concepto de paisaje. En este sentido, la obra se constituye como un esfuerzo de profundización y sistematización respecto al paisaje, entendido, sobre todo, como un «problema de conocimiento», pues como el propio Maderuelo advierte al principio, contra la «cortina de banalidad» que se está tendiendo en determinados ámbitos (publicidad, tu-

\* MADERUELO, Javier (dir.): *Paisaje y pensamiento*. Abada Editores / Fundación Beulas: CDAN, Madrid, 2006, 262 págs.

risma, etc) sobre el paisaje, es necesario responder con estudio, reflexión e investigación. Éste es, pues, el principal impulso que origina el proyecto.

Los ensayos de la obra pueden agruparse en cuatro bloques según los enfoques comunes a los autores (estético-artístico, ecológico, geográfico y filosófico) y en relación con el núcleo de elementos en torno a los cuales estos articulan su noción de paisaje. Así, las dos primeras intervenciones, a cargo, respectivamente, de Simón Marchán Fiz y Raffaele Milani, se centran en problemas específicamente estéticos de las relaciones entre naturaleza y cultura, y de la formación de las imágenes paisajísticas. En el primer caso, el texto de Marchán Fiz («La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje») traza el recorrido histórico de los diversos momentos de la relación entre lo artístico y lo natural para interpretar la coyuntura actual de revalorización estética de lo natural. De esta manera, el autor empieza glosando las causas del escoramiento moderno hacia la «estética del artificio», y de la formación del concepto moderno de arte como «anti-naturaleza», para después perfilar el movimiento contemporáneo de vuelta a la naturaleza, y los distintos escenarios de causas y sensibilidades que conforman la trabazón de la «actualidad de la estética de la naturaleza».

La manera en que el autor despliega su análisis de la noción de paisaje es, precisamente, mediante esos componentes de la experiencia estética que permiten una gradación en nuestras formas de acercamiento y construcción del paisaje. Por ello, distingue entre la representación interna mental, la representación artística y la intervención, que dan lugar, respectivamente, a los «paisajes de contemplación», los «paisajes de la representación artística» y los «paisajes de acción».

Por su parte, la ponencia de Milani («Estética del paisaje: formas, cánones, intencionalidad») presenta una aproximación marcadamente fenomenológica al tema del paisaje, pues para el autor éste es ante todo una «gran experiencia de la emoción, de la visión y de la contemplación», y, por ello, es un hecho cultural que materializa (creando una «memoria afectiva») las formas en que al ser humano se le «revela» la naturaleza (es decir, le es dado interpretarla). En este sentido, la tesis de fondo es que el paisaje es la forma que nuestra cultura se ha dado para expresar la relación entre «el sujeto y el objeto natural», y de superar, por tanto, la inherente tensión de su división. Milani desarrolla su análisis a través de la articulación de las distintas dimensiones del paisaje, esto es, en tanto que «categoría

mental», «categoría cultural» y «categoría estética». En el primer caso (el decisivo en su teoría), el carácter dinámico del proceso perceptivo es tal que éste es el principio organizador del paisaje. Por supuesto, las formas culturales median dicho proceso, y hay todo un espacio intermedio, entre la impresión del observador y la representación artística, en que la influencia de lo cultural es definitiva. Además, también los juicios y las valoraciones estéticas sobre el paisaje actúan sobre las emociones y percepciones del sujeto. No obstante, son los dos primeros movimientos (el de lo mental-sensible y lo histórico-cultural), los que para Milani deberían constituir el punto de partida de una «auténtica estética del paisaje», que trate de devolver la espontaneidad y el dinamismo a las formas paisajísticas: para Milani, pues, no existen los «cánones» de paisaje sino una sucesión de formas distintas («una trama de aspectos») que se revelan en la actividad del espíritu humano. La estética del paisaje, pues, ha de encargarse de esta particular morfología, ya que la de los paisajes es una «fisonomía espiritual» en que se expresa el sentir más íntimo de los seres humanos.

Estas primeras reflexiones estéticas encuentran continuidad en la ponencia siguiente, más breve y técnica, de Antonio Gómez Sal («La naturaleza en el paisaje»), que al abordar las particularidades y la especificidad de la aproximación ecológica, permite al libro continuar su marcha al mostrar una nueva «cara» del paisaje.

Siendo la Ecología una ciencia natural que incorpora un enfoque sistémico (por su manera dinámica y orgánica de entender la estructura y función del mundo natural), pero que incluye también la presencia humana y sus mundos de acción y significados, ésta permite ciertas ventajas a la hora de estudiar el paisaje: adoptar un punto de vista integrador, utilizar la escala humana como elemento definidor del paisaje, o la propia inclusión de la perspectiva de las Ciencias Naturales.

Las dos principales líneas de trabajo de esta perspectiva son, tal como las presenta el autor, aquella que aborda la estructura del paisaje y los significados de sus patrones organizativos (subyacentes) en una escala no detallada; y aquella otra que pone especial énfasis en los aspectos funcionales, y es aplicada a paisajes que muestran una gran complejidad en una escala más detallada, debido tanto a su estructura geofísica intrínseca, como a la intensidad de la acción modeladora de la actividad humana.

La intervención de Gómez Sal ha permitido centrar el análisis del paisaje en sus elementos naturales, e in-

troducir los siguientes ensayos, a cargo de Nicolás Ortega Cantero y Eduardo Martínez de Pisón, que abordan facetas distintas, aunque complementarias, de la aproximación geográfica al paisaje.

El texto de Ortega Cantero («Entre la explicación y la comprensión: el concepto de paisaje en la Geografía moderna») da cuenta, con maestría, de la centralidad del paisaje en la tradición geográfica moderna, nacida de esa otra centralidad que la época romántica otorgaba a lo natural y sus manifestaciones. Por ello, explicar el paisaje era explicar el «orden natural subyacente» del mundo. Ahora bien, este acercamiento al paisaje *qua* naturaleza, suponía no sólo atender a su realidad material y formal, sino también a la representativa y simbólica, a su imagen. Esto implicaba una comprensión, al mismo tiempo, de lo natural y lo cultural, y un acercamiento, por tanto, complejo y múltiple que aunase los métodos de explicación científica y los de la comprensión cultural. Ese doble impulso fue uno de los ejes de la actitud epistémica con que nació la Geografía moderna.

Ésta es, en líneas generales, la tesis principal que el autor va desgranando en sus distintos componentes y causas a través de la reconstrucción del surgimiento del paisaje moderno en la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX, y sus relaciones con la Geografía. Es ésta también la historia del nacimiento de la mentalidad y sensibilidad románticas y del conjunto de actitudes cognitivas, científicas y afectivas conexas: la visión organicista del mundo, la comprensión de la naturaleza como «totalidad ordenada», la exaltación de la emoción y la actitud naturalista, que no sólo se extienden al mundo de la creación artística, sino también al de la ciencia.

Sería, por tanto, este ámbito de preocupaciones, el que, aplicado al campo de investigación sobre lo natural, llevaría a una búsqueda verdadera de la «comprensión» del orden de las cosas, más allá de su mera descripción o sistematización. Para el autor, ésta es la clave del modo moderno de ver del paisaje: un camino de razón y sentimiento, de forma y significado, siendo la combinación de cada uno de esos dos elementos, aunque distinta en proporción y sentido, la línea de fuerza que atraviesa la tradición geográfica moderna, y que hace de ella, una forma de acercamiento al paisaje «integradora, no separativa».

La ponencia de Martínez de Pisón («Los componentes geográficos del paisaje») presenta el paisaje como algo indisociable de lo humano, ya que se trata de la interpretación cultural de un territorio, y como tal, una lenta y laboriosa «conquista de la civilización». Es ade-

más (dado el proceso de retroacción que se establece entre la mirada y el territorio), un elemento con «capacidad civilizadora de retorno», ya que los paisajes no tienen sólo una expresión geofísica, sino todo un cuerpo de significados y valores que hace de ellos una «entidad completa».

Dada esta nueva concepción geográfica del paisaje, Martínez de Pisón glosa las aportaciones de las diferentes escuelas (la alemana, la francesa, la rusa, la anglosajona y la española) de lo que tradicionalmente se ha llamado «geografía del paisaje», que quedan bien sustentadas, permitiendo ver qué posición ocupa, respecto de ellas, esta nueva idea.

Así, lo que da unidad (e identidad geográfica) a esas distintas aportaciones es una noción integradora de paisaje, conformada por una pluralidad de constituyentes que exige que esta realidad sea estudiada no sólo en su exterioridad visual, sino también en su estructura, unidades, dinámicas, contenidos y funciones. De este modo, el paisaje aparece como una «configuración» del espacio geográfico terrestre: algo que va más allá de la simple apariencia, y que, por tanto, exige ser analizado como un morfología. No obstante, si bien esta primera formulación geográfica del paisaje ancla el concepto en la «objetividad territorial», no hay que olvidar que también la geografía clásica «acuñó el primer concepto intelectual de paisaje», que aun manejando sus dos dimensiones, espiritual y material, añadió de manera decisiva un componente cualitativo imprescindible en su comprensión. Es conforme a estos tres vértices (la «forma-faz», la «estructura» y los «significados») como Martínez de Pisón desarrolla un análisis más detallado de los componentes geográficos del paisaje, lo cual le lleva, finalmente, a concluir una «concepción cultural y moral» indisociable de la propia noción de paisaje, pues sus significados y valores son verdaderos «contenidos» del paisaje. El autor retorna así a la idea del principio del paisaje como un «agente moral» que reclama una adecuada «política del paisaje» para su gestión.

Las tres aportaciones siguientes del libro, obra de Jean-Marc Besse, Anne Cauquelin y Augustin Berque, abordan el paisaje desde perspectivas eminentemente filosóficas. De alguna manera, el texto de Besse («Las cinco puertas del paisaje») sirve como bisagra del libro, pues funciona como articulador de las demás exploraciones, precisamente por ser una cartografía de todas ellas. Besse plantea, ordena y despliega (en un encomiable esfuerzo sistematizador), las «cinco problemáticas paisajísticas» que se dan en el pensamiento contemporá-

neo, siendo cada una de ellas el núcleo de las definiciones de paisaje que aglutinan en torno a sí a los miembros de distintas disciplinas. Esto pone de relieve que, en el fondo, se trata de una cuestión de la naturaleza ontológica que cada una de ellas atribuye al paisaje: y así tenemos el paisaje definido como representación cultural; el paisaje como territorio producido socialmente; el paisaje como sistema de elementos naturales y culturales articulados en una totalidad; el paisaje como espacio de experiencias; o el paisaje como contexto de proyecto.

La siguiente intervención, «Paisaje y ciberespacio: una visión perspectiva», a cargo de Cauquelin, es una reflexión sobre las propiedades ontológicas del paisaje, pensadas contra el telón de fondo del ciberespacio: éste sirve aquí para poner al descubierto, al «informar sobre sus características por reciprocidad», los mecanismos ocultos del paisaje y del invento técnico que lo soporta: la perspectiva.

El nexo que une paisaje y ciberespacio es el de ser dos «invenciones de los tiempos modernos», y poderosos mecanismos de regulación de las percepciones, que dan forma al entorno cotidiano enmarcándolo, mediante la codificación de nuestras actividades cognitivas, afectivas, etc. Y ello porque estos dos espacios son «avatares de la extensión», esto es, formas propiamente occidentales de la expresión sensible del espacio abstracto; y porque además la perspectiva provoca un cambio de estatus en el paisaje, que hace que ya no sea un simple objeto de contemplación, sino que se convierta en «forma *a priori* de nuestras percepciones». La diferencia entre ambos inventos es que la perspectiva es una «invención acabada», porque realiza todas sus potencialidades y objetivos y porque es insuperable (en tanto que se ha naturalizado), mientras que el ciberespacio todavía no.

La ponencia de Berque («Cosmofanía y paisaje moderno») plantea el problema de la relación entre el surgimiento de la idea de paisaje y la moderna imagen del mundo. El núcleo de la noción de paisaje de Berque es que éste, además de algo histórico, contingente y concreto, es sobre todo «ecumenal»: expresa y establece una determinada forma de relacionarse con la Tierra, de convertirla en un «medio existencial». A partir de este criterio, sienta las bases de su teoría de la «cosmofanía», por la cual nuestra realidad sería aquello que se «predica» del entorno en términos de las categorías o conceptos con que lo vemos (mundo, paisaje, cosmos). Aunque el hecho de establecer «cosmofanías» es algo necesario y universal (es un gesto ontológico), el contenido y la forma de darse de las mismas son contingen-

tes y singulares. En este sentido, el paisaje sería una determinada «cosmofanía», en tanto que manera de relacionarse con la realidad, al convertirla en paisaje, y constituir, por tanto, un «medio de cosmización». A partir de ahí, Berque aplica su teoría al análisis del paisaje en la cultura moderna, pues si bien su origen ligeramente premoderno instauró una «cosmofanía» anterior a la copernicana, la modernidad la deshará precisamente con su descosmización del mundo (y de la separación Mundo-Universo).

Las dos intervenciones finales, de Miguel Aguiló («El paisaje de la acción») y Javier Maderuelo («La actualidad el paisaje»), sirven, en cierta medida, de excelente contrapunto a ese tono general del libro de una cierta intelectualización del problema, pues, al centrarse en la idea de las modalidades de acción sobre el paisaje (Aguiló) y las intervenciones que lo construyen y modifican (Maderuelo), inscriben finalmente el sentido del proyecto en una fructífera dialéctica entre reflexión y acción sobre del paisaje.

Lo sugerente de la propuesta de Aguiló es justamente la manera en que éste señala la necesidad de pensar el paisaje en el quicio de la relación pensamiento-acción: o mejor dicho, que no hay forma de pensar, comprender y conocer el paisaje (recordemos que éste era el impulso original de la obra que nos ocupa) si no es en su misma acción, despliegue y transformación. El texto se presenta, pues, como un estudio de las simetrías y asimetrías de esa relación entre el pensamiento y la acción (intervención / conservación) del paisaje, y de las razones para ello. Asimismo, el autor examina algunas de las modalidades de acción sobre el paisaje y en especial las relacionadas con el construir (la ingeniería civil, en concreto).

Finalmente, el libro se cierra con la ponencia de Maderuelo, que se va mostrando en su desarrollo como una armoniosa continuación de las anteriores reflexiones, de modo que consigue mantener el debate y la tensión intelectual que las intervenciones acumulan, en un *crecendo* que se resuelve aquí en una bella exposición de la historia del «campo» europeo: ésta ejemplifica los dos sentidos de la idea de Maderuelo del paisaje como «construcción humana» (construcción en tanto que interpretación inmaterial, perceptiva de los seres humanos de un territorio; y construcción en tanto que sucesiva transformación de ese territorio debido a las intervenciones del ser humano).

¿Y qué es precisamente (se pregunta con gran acierto el autor) lo que nos atrae de estos paisajes? Su tesis

es que lo que admiramos en ellos no son las supuestas «cualidades naturales» que les atribuimos, sino sus «cualidades culturales», el hecho de que son resultado de la idealización de una mirada y de la intervención del hombre. La realidad de estas afirmaciones nos lleva a un presente en que la *continuidad* de esas transformaciones sobre el entorno (el laborioso trabajo de las huellas del habitar) está desapareciendo: se aceleran los ritmos de transformación; aumentan las incongruencias entre el medio y el tipo de intervención sobre éste; y el cambio de manos de la propiedad acelera la desarticulación entre los ritmos de transformación del territorio y sus procesos internos naturales, geológicos, sociales y culturales.

El texto y el libro se cierran, así, con una pregunta acerca del rumbo de la gestión y transformación de los territorios contemporáneos y con la exhortación al deber de pensar sobre cómo queremos que sean nuestros paisajes. Exhortación que más que cerrar la obra, la prolonga y la deja abierta, como puntos suspensivos de una reflexión que habrá de seguir por nuevos caminos. De momento, el lector mira atrás y descubre ya las huellas que su lectura ha trazado sobre los diversos caminos de acercamiento al paisaje que el libro propone: sugerentes y atractivas sendas de comprensión que marcan modos de conocimiento de las distintas dimensiones de esa compleja y valiosa entidad que es el paisaje.— PALOMA PUENTE LOZANO